Capítulo 1

Introducción

LAS VISIBLES evidencias de desigualdad social entre las sociedades norteamericanas y dentro de ellas son deslumbrantes. Quien haya viajado a lo largo de Norteamérica sabe que existe un enorme abismo que divide los estándares promedio de vida en Estados Unidos y Canadá respecto a los vigentes en México. Estados Unidos y Canadá tienen toda la opulencia de los países del Primer Mundo, mientras que México posee toda la extendida pobreza y la miseria de un país del Tercer Mundo. Que México y Estados Unidos compartan una frontera común de 3,129 kilómetros –una frontera que separa culturalmente a América Latina de la América anglosajona, al igual que a los dos países– hace que el contraste sea aún más notable. A diferencia de otras áreas del mundo en donde se da un *continuum* de cambios económicos graduales entre países limítrofes, entre México y Estados Unidos se muestran diferencias más discretas y desconcertantes. El Río Grande, como se le conoce en el lado estadounidense, o el Río Bravo, como se le conoce en el lado mexicano, es el único río en el mundo que separa a las sociedades del Primer y del Tercer mundos. En todo el resto del orbe las distancias entre el Primer y el Tercer mundos son mucho mayores. Pero en tanto que es tentador, también es engañoso ver a las regiones del Primer y de los terceros mundos de Norteamérica separadas por esa frontera, ya que México contiene barrios, centros comerciales y lugares de trabajo que parecen del Primer Mundo, mientras que Estados Unidos y Canadá contienen bolsas de pobreza que parecen del Tercer. Los mundos primero y tercero de Norteamérica, en tanto se centran en lados opuestos del Río Grande, se interpenetran entre sí.

La evidencia visual de la desigualdad social dentro de cada una de las sociedades norteamericanas es ubicua. En Estados Unidos, quienes carecen de hogar vagan por las calles del centro de la ciudad, mientras que guardias privados patrullan los barrios de los ricos. En medio de estos espacios existen barrios de clase trabajadora modesta y casas más confortables de clase media. Traslapándose y atravesando la geografía urbana de la clase se sitúa la geografía de las divisiones raciales. Las áreas de blancos y de minorías se

distinguen de inmediato y es frecuente que estén divididas por una clara barrera física como unas vías de ferrocarril o una vía rápida (*freeway*). La gente en Estados Unidos prefiere conservarse a la mayor distancia posible de aquellos que percibe como socialmente inferiores, y a los que teme. Un recorrido por la mayor parte de las ciudades de México revela otro tipo de extremos. Los pobres viven en casi todas partes, pero también hay casas claramente distinguibles como pertenecientes a la clase media, y hay mansiones cuyos habitantes son ricos para cualquier parámetro. A diferencia de las ciudades estadounidenses, en donde las desigualdades de clase y de raza están en compartimentos bien delimitados o son "racionalizadas" según el barrio y el área, la mayoría de las ciudades mexicanas son claros ejemplos de mosaicos que mezclan viviendas de pobres, de ricos y de clases intermedias. Los ricos de la ciudad de México se mueven entre islas de privilegio –mansiones, restaurantes caros, clubes, tiendas exclusivas– en lo que por lo demás es un océano de pobreza. Desarrollan tapaojos subjetivos que les permiten ver a los pobres sin verlos, como si vieran a través de ellos.

Monterrey, la tercera ciudad en tamaño de México, y el lugar de residencia de una parte sustantiva de su élite empresarial, es un poco diferente. Ahí, las clases alta y media de la ciudad como sucede con sus contrapartes de Estados Unidos, se han separado físicamente de los pobres dentro de un área que arquitectónicamente se ve como Phoenix y otras ciudades climáticamente similares a las ciudades del desierto estadounidense. Al circular por una colina que se encuentra en la parte principal de Monterrey, es posible encontrarse con jardines al estilo estadounidense y con casas suburbanas de cuyos techos brotan antenas parabólicas para recibir la señal de la televisión estadounidense. Monterrey, sin embargo, es una excepción. En la mayor parte de las ciudades mexicanas las clases altas y medias no pueden establecer tanta distancia entre sus lugares de vivienda y aquéllas de los pobres. En cambio, rodean sus casas con muros fortificados en cuya parte superior colocan, en muchos casos, alambre de púas o cortantes trozos de vidrio para desanimar a los intrusos. Las vías de los trenes y las vías rápidas separan a las clases y las razas en Estados Unidos, pero muros exteriores los separan en la mayoría de los lugares de México.

Estructuras y culturas de Norteamérica

La notable evidencia visual de las burdas desigualdades continentales es el catalizador inmediato de este estudio. Las diferencias sociales dentro de Norteamérica son tan severas como en cualquier otra parte del mundo. Con

el objeto de estudiar estas diferencias, parece que lo más apropiado es emplear una perspectiva comparativa. Su ventaja radica en que permite la determinación de qué es distinto y con frecuencia da por sentado acerca de cada sociedad al contrastarlo con los exámenes de patrones alternativos en otras sociedades.

Los estudios comparativos de sociedades pueden dividirse entre aquellos que examinan primordialmente las condiciones estructurales, como los niveles tecnológicos, las economías o los sistemas de clase, y aquellos que examinan las condiciones culturales como los valores, las religiones, las creencias en general y la música. Es un tanto ocioso intentar determinar qué es más importante o cuál se suscitó primero –la estructura o la cultura– dado que todas las sociedades poseen tanto estructuras como culturas. Los dos constituyen aspectos complementarios de todas las sociedades y ninguno de ellos puede dejarse de lado. En este estudio, el enfoque principal se da en las características estructurales de las economías, las fuerzas laborales, las posiciones de clase y de raza, y se dirige la atención, cuando se juzga necesario, también hacia las características culturales que incluyen las religiones, los valores y las percepciones sociales.

La necesidad de examinar tanto los rasgos estructurales como culturales se ha mostrado mejor que en cualquier otra parte en la obra del gran sociólogo clásico alemán Max Weber. Él también fue el pionero en el método comparativo al examinar la relación entre la cultura y el desarrollo económico en China, India, Europa, y Norteamérica, al intentar demostrar que el capitalismo se desarrolló primero en Europa debido a que la reforma protestante produjo condiciones culturales favorables. Weber concluyó que China y la India contenían gran parte de las condiciones necesarias para el desarrollo capitalista, pero la suma de éstas no había sido suficiente para producir, en los hechos, su desarrollo. Los países o áreas fuera de Europa carecieron de la condición común necesaria –un conjunto generalizado de valores culturales que habrían hecho posible producir ganancia y acumulación de capital para llegar a ocupar el primer lugar en las metas sociales, como había sucedido en la Europa de los siglos XVI y XVII. Tanto en la cultura china como en la hindú, el logro religioso era más importante que el económico.

La gran innovación del protestantismo fue haber desarrollado una forma cultural de ver al mundo, en la que los logros económicos y religiosos no se contradijeran entre sí. Se podía ser un capitalista exitoso sin sentirse negligente en el ámbito religioso. Weber encontró al respecto que el desarrollo capitalista había avanzado mucho más rápidamente en las regiones protes-

tantes, en comparación a como lo había hecho en las regiones católicas de Europa.

Los estudios de Weber son relevantes para el nuestro no sólo por su naturaleza comparativa, sino también porque la Norteamérica de finales del siglo XX contiene en sí ambos extremos de desarrollo económico y diferencias culturales paralelas –entre, por ejemplo, el México católico y los Estados Unidos y Canadá protestantes, o entre los indígenas en la Oaxaca rural y los gerentes de las corporaciones multinacionales en la ciudad de México, al igual que en Nueva York.

Además de compartir el subcontinente norteamericano, Estados Unidos, México y Canadá también comparten el mismo tipo de estructura económica. Las tres son sociedades esencialmente capitalistas, en las que existe una significativa propiedad privada de los negocios y de la producción y distribución de bienes de acuerdo con los principios del mercado. Dado que las estructuras nacionales de clase de estas sociedades se basan esencialmente en las relaciones mercantiles de producción, se colige que hasta cierto grado hay los mismos tipos de clases económicas en los tres países –propietarios de grandes empresas, administradores y profesionales empleados, trabajadores y propietarios de pequeñas empresas.

TABLA 1

LAS SOCIEDADES NORTEAMERICANAS: CARACTERÍSTICAS ESTRUCTURALES

	Estados Unidos	*México*	*Canadá*
Economía	Mercado	Mercado	Mercado
Tecnología	Posindustrial	Agrícola	Posindustrial
Política	Dos partidos	Un partido	Tres partidos
Clase en el ingreso mundial*	Superior	Media baja	Superior
Desarrollo	Primer Mundo	Tercer Mundo	Primer Mundo

*Según la define el Banco Mundial, *World Development Report,* Nueva York, Oxford University Press, 1990.

Mientras que cada economía nacional obedece los principios capitalistas, las economías mismas se interrelacionan en el continente, siguiendo principios que son más que nada capitalistas. El intercambio, las inversiones, la migración de mano de obra y las relaciones financieras interrelacionan en forma significativa las estructuras económicas y de clase de México, Estados Unidos y, en una medida mucho menor, Canadá. Los propietarios del

capital estadounidenses y mexicanos, invierten en las sociedades de los otros y miles de trabajadores mexicanos indocumentados cruzan al otro lado de la frontera buscando trabajo. En menor medida, también hay inversiones canadienses en México y trabajadores mexicanos indocumentados en Canadá.

La situación geográfica influye, en gran medida, sobre las direcciones y los volúmenes de estos flujos de capital y fuerza de trabajo. Estados Unidos, como el país geográficamente intermedio, tiene relaciones económicas considerables con sus vecinos al norte y al sur; mientras que las que se dan entre esos dos vecinos, por razones obvias de la distancia física, no son tan estrechas. Canadá y México, en cuanto que contiguos a Estados Unidos y con una fuerte influencia a través de las relaciones económicas con su vecino común, poseen relaciones directas entre sí mucho menores. Esta debilidad relativa de las relaciones entre Canadá y México existe, a pesar del hecho de que toma más horas viajar de Vancouver a Ottawa, que desde cualquiera de estas ciudades hacia la ciudad de México por encima de Estados Unidos.

Aun cuando existe una estructura económica capitalista en los tres países, sin lugar a dudas que en general México es significativamente más pobre que Estados Unidos o Canadá y, en cierto modo, un país estructuralmente distinto. Estas diferencias estructurales entre las áreas latinas y anglosajonas de Norteamérica se han definido y clasificado de manera diversa. Muchos ven en ellas nada más las diferencias esenciales entre los países del Primer y el Tercer Mundos. Otros las definen de manera vertical en términos de niveles promedio de producción e ingreso dentro de la economía mundial. El Banco Mundial clasifica a Estados Unidos y Canadá como países de ingreso superior y a México como de ingreso medio-bajo.[1] Según los parámetros mundiales, México es un país de ingreso medio. Si vemos hacia el sur, con rumbo a Guatemala y otros países centroamericanos, su situación es envidiable. Pero al voltear hacia el norte se muestra una realidad diferente. Hay quienes describen a este país divergentemente como desarrollado o subdesarrollado y a los otros como desarrollados. En términos de desarrollo, Estados Unidos y Canadá son sociedades posindustriales, en el sentido de que las mayores porciones de sus fuerzas de trabajo ya no están ocupadas en la producción de bienes agrícolas primarios o industriales secundarios. México, sin embargo, todavía está en la etapa agrícola del desarrollo tecnológico, debido a que la mayor parte de su fuerza laboral está ocupada en actividades agrícolas.

Políticamente, hay contrastes estructurales entre las tres sociedades norteamericanas. Estados Unidos es fundamentalmente una sociedad biparti-

[1] Banco Mundial, *World Development Report,* Nueva York, Oxford University Press, 1990.

dista. Los republicanos y los demócratas monopolizan casi por completo los comicios y los cargos gubernamentales, y se adscriben a ideologías que van de lo conservador a lo liberal. En México, un partido, el Revolucionario Institucional (PRI), conservó la Presidencia sin interrupción por más de 70 años y estableció un monopolio virtual en los cargos gubernamentales. A lo largo de los años fue una organización amplia que cobijó a corrientes ideológicas que van desde el conservadurismo hasta la democracia social. De los tres países, Canadá posee la política más abierta, dado que hay tres partidos políticos significativos –conservadores progresistas, liberales y el demócrata social Nuevo Partido Democrático– que representan opciones ideológicas consistentes y claramente definidas.

El contraste económico y social entre México y sus vecinos continentales en el norte ha sido medido estadísticamente de diversas maneras. El producto nacional bruto per cápita de Canadá en 1988 fue de 16,960 dólares y para Estados Unidos de 19,840 dólares. Estas cifras se sitúan entre nueve y 11 veces el de México, que equivale a 1,760 pesos,[2] y durante la última década la distancia se ha ampliado. La tasa de mortalidad infantil –el número de niños que mueren antes de cumplir el año de vida por cada 1,000 nacidos vivos– de Estados Unidos era de 10 y la de Canadá de siete, mientras que la de México alcanzaba 46, de cuatro a seis veces más alta.[3] Dicho de otro modo, cada día mueren en México 295 niños de menos de un año, 231 más que si tuviera la misma tasa de mortalidad infantil que Estados Unidos y 250 más que en caso de que fuera la misma que en Canadá.[4]

En términos culturales generales, existen claras diferencias entre los tres países, aunque nuevamente, las culturas de Canadá y Estados Unidos parecen más similares si se toma en cuenta la distancia que existe con respecto a la mexicana. La gente en Estados Unidos se ve a sí misma como culturalmente diferente de los mexicanos, pero rara vez piensa acerca de sus diferencias culturales con respecto a los canadienses. Los intelectuales en Canadá están obsesionados con demostrar que realmente tienen una identidad cultural que difiere de aquella que posee la gente en Estados Unidos. Los mexicanos encuentran difícil distinguir culturalmente a los anglos de Esta-

[2] *Idem.*

[3] La tasa de mortalidad infantil de México es bastante controvertida, con estimaciones muy discordantes por parte de las agencias gubernamentales e internacionales. Un líder del Centro Mexicano por los Derechos de la Infancia sostiene que la principal agencia estadística del gobierno no ha recolectado información para desarrollar un cálculo adecuado, ni está interesada en hacerlo, porque sería políticamente embarazoso. Véase Andrea Bárcena, "El INEGI en el Cemedin", *La Jornada,* ciudad de México, 30 de abril de 1992, p. 39.

[4] Calculado sobre la base de datos del Banco Mundial, *World Development Report,* pp. 179 y 231.

dos Unidos de los de Canadá. En el mismo sentido, la mayor parte de la gente en estos dos países tendría dificultad para distinguir las culturas de México y otros países latinoamericanos.

TABLA 2

LAS SOCIEDADES NORTEAMERICANAS: INDICADORES BÁSICOS, 1988

	Estados Unidos	*México*	*Canadá*
Población[a]	246.3	83.7	26.0
Superficie[b]	9,373	1,958	9,976
PNB per cápita	19,848	1,760	16,960
Mortalidad infantil[c]	10	46	7
Expectativa de vida	76	69	77

[a] En millones.
[b] Miles de kilómetros cuadrados.
[c] Muertes en el primer año por cada 1,000 nacidos vivos.
Fuente: Banco Mundial, *World Development Report,* Nueva York, Oxford University Press, 1990, pp. 178 y 233.

Las diferencias culturales entre México y los dos países al norte son obvias, pero aquéllas entre Estados Unidos y Canadá, aunque menos, también son significativas. Estados Unidos, como ha mostrado elocuentemente Seymour Martin Lipset, es la sociedad de los orígenes revolucionarios (como lo es México) y del individualismo robusto, mientras que Canadá es una sociedad de orígenes y orden contrarrevolucionarios.[5] La identidad nacional de Estados Unidos comienza con la revolucionaria Declaración de Independencia de 1776; la de Canadá, si no tuvo sus orígenes, sí una importante influencia en la decisión de sus provincias de no unirse a la guerra de independencia. Gran parte de la población original de colonizadores europeos de Ontario, Nueva Brunswick y Nueva Escocia, se componía de casi 50,000 tories leales a la Corona que se trasladaron al norte –voluntaria o involuntariamente– después de la guerra de independencia. Los visitantes mexicanos en Canadá que, al igual que los de Estados Unidos, están inmersos en la herencia de sus guerras de independencia, encuentran extraño que los canadienses tiendan a enorgullecerse de la relación colonial que tuvieron con Gran Bretaña.

La gente en Estados Unidos tiende a ver a Canadá como una sociedad ligeramente más tranquila y quizá más civilizada. Los canadienses ven a Estados Unidos como una sociedad excesivamente competitiva y desordenada.

[5] Seymour Martín Lipset, *Continental Divide: The Values and Institutions of the United States and Canada,* Londres, Routledge, 1990.

Lipset cita la observación de Richard Lipsey como sintomática: "Me he parado en una esquina de Toronto en la que tan sólo había otro peatón y sin carro alguno a la vista, a esperar a que cambie a verde la luz del semáforo –un comportamiento inimaginable en la mayoría de las ciudades estadounidenses."[6] La diferencia en la ciudad de México es que no sólo los peatones, sino también los conductores, ignoran los semáforos cuando no creen necesario obedecerlos. En la ciudad de México he visto vehículos que cruzan rápidamente dos carriles para dar vuelta. Tal comportamiento provocaría un alboroto de golpes de claxon en Estados Unidos y probablemente una rotunda incomprensión en Canadá. Pero en México rara vez provoca ira o sonidos de claxon, ya que los conductores están habituados a ello. Un escritor de viajes recomendaba a los turistas estadounidenses en la ciudad de México que no rentaran autos a menos que sus doctores les hubieran señalado que necesitaban *más* tensiones. Los patrones de tráfico pueden reflejar patrones culturales más amplios. Samuel Ramos, uno de los filósofos mexicanos del siglo XX de mayor influencia y de los más provocativos, quizá pensaba en el tráfico cuando llegó a la conclusión de que "la sociedad mexicana, sin disciplina u organización, es un caos en el que los individuos vuelan de manera aleatoria como átomos dispersos".[7] Pero, si el tráfico y la sociedad en general parecen desordenados en México, hay un orden cultural dentro del desorden. Mientras que los automovilistas en Estados Unidos y Canadá manejan como si jugaran beisbol –en líneas rectas– los conductores en México manejan como si jugaran futbol soccer, buscando espacios abiertos y oportunidades, a pesar de las reglas de tránsito formales.

Sobre el lenguaje de la investigación

Antes de proseguir, cabe aclarar algunos de los términos utilizados. Un estudio que incluye a tres países y dos ángulos centrales de análisis (clase y raza)

[6] *Ibidem,* p. 92.

[7] Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México,* ciudad de México, Colección Austral, 1990, publicado originalmente en 1934, p. 159. Me da la impresión de que es sorprendente que en la ciudad de México haya relativamente menos accidentes, a pesar del aparente desorden vial, que en las ordenadas ciudades grandes de Estados Unidos y Canadá. La razón podría ser que para sobrevivir en el tráfico mexicano se requiere que en todo momento se esté totalmente alerta. Los conductores aprenden a esperar siempre lo inesperado. Los amplios carriles y el orden de las vías rápidas en Estados Unidos y Canadá, por otro lado, tienden a adormilar a los conductores, lo que precipita accidentes. Como admitió un automovilista mexicano, "manejamos muy mal, pero con mucha habilidad". Esta hipótesis impresionista, sin embargo, no puede verificarse empíricamente debido a la falta de confiabilidad en los datos comparativos. En los tres países, muchos de los automovilistas que participan en accidentes prefieren hacer arreglos privados para evitar las alzas en las primas de los seguros. Esos accidentes, por tanto, no se registran jamás para propósitos estadísticos. Muchos conductores en México tienen un motivo adicional para hacer arreglos privados. No desean enredarse con la policía, la que con frecuencia exige el pago de sobornos.

presenta un cierto número de dificultades en la terminología geográfica y social. México es considerado por algunos como parte del norte de América, por otros como parte de América Central. Es claro que se encuentra en el continente norteamericano, junto a Estados Unidos y Canadá. Pero la mayor parte de los mexicanos no considera que sean *norteamericanos* y reserva el término para los ciudadanos de Estados Unidos. México es una porción de América Latina y comparte muchas identidades culturales con sus vecinos centroamericanos del sur. Los mexicanos, sin embargo, tienen tan pocas probabilidades de denominarse a sí mismos *centroamericanos*, como de autodenominarse *norteamericanos*. Para nuestros propósitos, no obstante, seguiremos la convención geográfica de considerar a México parte de Norteamérica.

Un estudio comparativo de los países de Norteamérica presenta también dificultades terminológicas en lo que se refiere a cómo nominar a las personas de Estados Unidos. No hay un término aceptable que sea comparable al de "mexicanos" o "canadienses". El término del país "Estados Unidos" no se presta [en inglés, N. del T.] para sufijos (como Estados Unidos*enses*). La gente en Estados Unidos se llama a sí misma americanos. Muchos mexicanos y canadienses también se refieren a la gente de Estados Unidos como americanos. Pero esta es una apropiación imperialista de un término que lógicamente se aplica a toda la gente de las Américas, no sólo a aquélla de Estados Unidos. Es frecuente que los mexicanos llamen *norteamericanos* a la gente en Estados Unidos. Pero esa convención deja de lado el derecho de los canadienses al uso del término. También es inconsistente con la realidad de que los mexicanos en términos continentales también son norteamericanos. El dilema se resuelve más fácilmente en español que en inglés, donde es gramaticalmente adecuado hablar de *mexicanos*, *canadienses* y *norteamericanos*. En el texto que sigue, me referiré a las personas en Estados Unidos en una variedad de formas que son evidentemente inadecuadas, tales como ciudadanos de Estados Unidos, nacionales de Estados Unidos o gente en Estados Unidos. Pero esta aproximación parece preferible a reproducir la arrogancia nacional de la apropiación exclusiva del término "americanos" o "norteamericanos".

No hay un consenso pleno en cuanto a la manera de denominar a la gente con antecedentes no europeos dentro de cada uno de los países norteamericanos. El término más ampliamente utilizado para la inmensa mayoría, pero no para todos los pueblos indígenas es el de "indio". El problema obvio con este término es que es una denominación mal aplicada –los pueblos indígenas de las Américas no provienen de la India, como pensaron los primeros exploradores. En 1970, como consecuencia de los movimientos entre los pueblos indígenas de Estados Unidos, se desarrolló el término "nativo de Amé-

rica" (Native American). Los canadienses distinguen a los inuits o esquimales de los pueblos indígenas que se localizan al sur de éstos, a quienes se refieren como amerindios. No hay un solo término que haya logrado aceptación universal. Pero también es cierto que ninguno se considera universalmente ofensivo. Por tal razón, en el texto, indio, nativo de América, indígena y amerindio, serán utilizados, por lo general, de manera intercambiable al escribir en términos genéricos. Los indios, sin embargo, no tienen una identidad monolítica común. Según el contexto, será necesario entonces emplear términos tribales más particulares como sioux, cree y yaqui.

En el caso de la gente con orígenes africanos en Norteamérica, se ha dado una clara evolución en el uso de los términos para denominarlos. Hasta principios de los años sesenta, los términos "negro" (que proviene del término en español para *black*), "gente de color" y, en menor medida "café" (*brown*) se utilizaban habitualmente en Estados Unidos. El movimiento del poder negro los descartó por ofensivos. Tomó sólo unos cuantos años, durante los cuales se llegó a la cima de las rebeliones negras urbanas en Estados Unidos, para que los blancos abandonaran el uso de los términos "negro" y "de color". Los términos *black*, *afro-american* y *african*, en orden de aceptación, tomaron su lugar. A principios de la década de los noventa, Jesse Jackson propuso que el término más deseable era el de *african-american*. Era paralelo al uso que se hacía para otras identidades de inmigrantes que utilizaban de un guión, como las sino-americanas, polaco-americanas, e irlandés-americanas. La propuesta de Jackson parece que en un principio ganó aceptación. Todavía está por verse qué tanto prevalecerá. Para este texto, se utilizarán los términos *black* (negro),* "afroamericano" y "Afronorteamericano".

La denominación de la gente con origen en América Latina es un problema en Estados Unidos y Canadá. Hay gran cantidad de términos en boga, algunos de los cuales se consideran objetables, pero de diferentes personas. La etiqueta "hispano" (*hispanic*) es la más utilizada en la costa este de Estados Unidos. También se usaba en la oficina del censo de Estados Unidos. Mucha gente, sin embargo, se opone a ella por dos razones. La primera es que implica antecedentes completamente españoles cuando la mayoría de quienes hablan español en Estados Unidos y Canadá también tiene ances-

* N. del T. Como señala el autor, el término "negro" utilizado en inglés, tuvo una connotación despectiva. Sin embargo, sigo la convención usual en el idioma español, y utilizo el término en un sentido que refiere tan sólo a la traducción del término *black* y no al uso ofensivo que implicaba en español al insertarse en el habla del idioma inglés. Esta aparente complicación para simplificar el uso del lenguaje resulta, como puede constatarse a través de los estudios lingüísticos, de la concepción del idioma español como un lenguaje para denominar categorías menores. De nuevo el problema de la clase y la raza surge en la tarea de trasladar de un idioma a otro.

tros indígenas y africanos. La segunda es que implica una identidad cultural unitaria de los pueblos que hablan español, cuando existen diferencias económicas, sociales, políticas y culturales significativas entre los mexicanos, puertorriqueños, cubanos y centroamericanos en Estados Unidos. El término "hispano" sólo existe en Estados Unidos. No se utiliza al sur del río Grande. Nada más cuando los latinoamericanos llegan a Estados Unidos se encuentran con que se hace referencia a ellos como hispanos en vez de sus identidades nacionales particulares –mexicanos, puertorriqueños, salvadoreños y demás. En la costa oeste, "latino" es más utilizado que "hispano". Como término, implica un origen latinoamericano. Pero, al igual que el nombre de "hispano" implica una identidad cultural común, cuando en realidad existen diferencias nacionales significativas. Para este estudio, utilizaremos "latino" cuando hablemos de todas las personas con origen latinoamericano en Estados Unidos, y los diversos términos nacionales (mexicano, puertorriqueño, etcétera) al hablar de las comunidades nacionales particulares. En un sentido paralelo, las comunidades asiáticas se describirán en términos generales como asiático-americanas y en términos particulares según la nacionalidad –chino, japonés, filipino y demás.

La etiqueta "minoría" tampoco está libre de dificultades. Los mexicanos se topan con que se les etiqueta como miembros de una minoría al entrar a Estados Unidos. Los blancos de Estados Unidos, empero, no se ven a sí mismos como una minoría cuando van a México. Su dominio, parece, es portátil, mientras que el de los mexicanos no lo es.

La denominación misma de un grupo como minoría crea sus propias realidades sociales *sui generis*. Un grupo puede aceptar su denominación como minoría, pero ser bastante sensible respecto al contexto en que se utiliza el término. A lo largo de la investigación para este libro me encontré con un incidente revelador de la política del lenguaje en torno a la etiqueta de "minoría". Acababa de escribir una reseña, para un periódico de la ciudad de México, de un libro que trataba acerca de las minorías en Canadá. Por lo general pido que otros revisen el contenido de lo que escribo y, dado que mi redacción en español está lejos de ser perfecta, también pedí a hispanohablantes que corrigieran la reseña en cuanto a gramática y estilo.

La primera persona que vio mi reseña era mexicana. Aunque había crecido en México, había pasado un periodo considerable de su vida en Estados Unidos, lugar en el que se formó buena parte de su conciencia política a través de la participación en el movimiento chicano. Objetó mi frase "Canadá y sus minorías" ("Canada and its minorities"), cambiándola a "Canadá y las minorías" ("Canada and the minorities"). "Sus", como artículo, asumía

que las minorías eran objetos que pertenecían a la mayoría blanca de Canadá. La distinción que ella hacía se generaba a partir de la conciencia política del movimiento chicano.

La segunda persona que revisó la reseña también era mexicana. Pero había crecido y establecido su conciencia política en México. Cambió de nuevo el "las" a "sus" porque funcionaba mejor en términos de estilo. Al haber sido una mexicana en México toda su vida, nunca había tenido la conciencia de que se le impusiera una minoría y en consecuencia nunca había considerado las implicaciones políticas de "las" en contraposición con "sus".

Relacionado con el problema de cómo denominar a la gente de Norteamérica, está el dilema de los significados de los términos que se utilizarán para analizarlas –clase y raza y, hasta cierto grado, nacionalidad y etnicidad. La primera cuestión a resolver es la prioridad causal de los conceptos analíticos clase y raza. En este análisis, la clase es considerada causalmente previa a la raza, aunque muchos otros estudios conjeturan la posición contraria. Los orígenes de esta disputa, cuando menos en Estados Unidos, se remontan a los debates políticos entre los nacionalistas y los marxistas –tanto activistas como académicos– que se dieron en los años setenta, cuando empezaba a decaer la fase más activa del movimiento de los derechos civiles. Ambos lados estaban de acuerdo con que las minorías sufrían tanto el racismo como la explotación de clase, pero diferían en cuál era causalmente más significativo. La posición nacionalista sostenía que los negros, indios y latinos sufrían discriminación y opresión en Estados Unidos, sobre todo porque el grupo dominante en el país era blanco y fundamentalmente racista. Los nacionalistas sostenían, además, que los trabajadores de las minorías experimentaban y sentían a la vez mayor opresión debido a los colores de su piel, más que por su situación en el lugar de trabajo. La posición marxista replicaba que las minorías raciales sufrían discriminación y opresión sobre todo porque el sistema capitalista del país los había relegado a una posición de clase inferior.

Parte del debate acabó confundiéndose entre los niveles de análisis. En términos de percepción, cuando menos en los años sesenta y setenta, en Estados Unidos se dio más una lucha racial que de clase. El movimiento de los derechos civiles activó a los negros y otras minorías en cuanto grupos raciales que luchaban por reformar al país de modo que hubiera igualdad de oportunidades entre las razas. En este sentido, el movimiento de los derechos civiles logró su objetivo primordial con la promulgación de la ley de los derechos civiles (Civil Rights Act) en 1964, que retiró las barreras legales a la igualdad

de oportunidades para las minorías raciales. Sin embargo, el movimiento de los derechos civiles puso en marcha a gran cantidad de activistas que sabían muy bien que la promulgación de la ley de los derechos civiles no produciría por sí misma una igualdad racial sustantiva. Además, una vez que un movimiento de reforma se ha iniciado históricamente, es frecuente que, al menos para algunos de sus miembros, vaya más allá de las reivindicaciones originales para abordar cuestiones sociales más generales como la eliminación de la pobreza. Pero, para finales de los años sesenta, aquellos que se habían movilizado a principios de esa década con el movimiento de los derechos civiles, debatían cómo dar fin a una guerra en el sudeste asiático y de qué manera interpretar los levantamientos y las rebeliones de carácter espontáneo que se habían generado desde los más grandes ghettos negros del país situados en Harlem, Newark y en la capital en la costa este hasta Watts en la costa oeste, pasando por el interior a través de Chicago y Detroit. En una semana de 1968, más de 50,000 soldados de Estados Unidos fueron enviados a los ghettos negros, un número mayor al desembarcado en Vietnam en esa época. Era claro que el país experimentaba lucha y violencia, que estaban más fundamentadas en la raza que en la clase.

También es claro que durante periodos históricos críticos cambia la base de los conflictos sociales. En los años treinta, la mayor parte del conflicto social en Estados Unidos tenía que ver claramente con cuestiones de clase. En este periodo los trabajadores lucharon para establecer sindicatos en las más grandes fábricas de la nación. Durante los años sesenta, el conflicto social más sobresaliente tenía que ver con la desigualdad social. Pero, para finales de los setenta, cuando decayó el activismo masivo de los movimientos de los negros y otras minorías, cierto número de autores empezaron a argüir que la clase constituía ahora una cuestión más destacada que la raza *per se* para las minorías en Estados Unidos.[8]

Si tomamos distancia respecto al acaloramiento de determinados movimientos sociales y observamos las intersecciones entre clase y raza desde una perspectiva estructural, surge un sentido diferente de la prioridad causal –que no se altera dependiendo de los periodos históricos o las percepciones subjetivas. Los indios y los negros estuvieron sujetos primero por la desigualdad en el continente norteamericano, según se describe en las páginas que siguen, al ser esclavizados. Esto es, la desigualdad social para los indios y los negros no existía como una condición racial *a priori*. En cambio, se les impuso debido a que los europeos, conquistadores y colonizadores de Norteamé-

[8] Por ejemplo, William Julius Wilson, *The Declining Significance of Race: Blacks and Changing American Institutions,* Chicago, University of Chicago Press, 1980.

rica establecieron un tipo de estructura de clase colonial que contenía una posición inferior, la que se les obligó a ocupar. No habría y no se habría suscitado la desigualdad social en Norteamérica si no hubiera existido una estructura de clase que, por definición contenía posiciones de clase desiguales. Por tal motivo, en el nivel teórico y estructural, la clase es causalmente previa a la raza. Tal observación no equivale a argüir que la desigualdad racial se reduce por completo a una cuestión de clase. Ciertamente, un trabajador negro o de otra minoría que tiene el mismo tipo de trabajo y percibe el mismo ingreso que un trabajador blanco, sufre tipos adicionales de opresión. En cambio, esa observación señala que en un estudio como el presente de la desigualdad social, lo primero que se debe establecer es la cuestión de las estructuras económicas y de clase de los países involucrados para desde ahí determinar cómo las minorías raciales se han situado dentro de posiciones inferiores en esas estructuras. Por tal razón, la premisa teórica de este estudio es que la desigualdad de clase es causalmente previa –pero no un determinante exclusivo– respecto a la desigualdad racial.

A pesar del hecho de que el concepto de clase es central para la ciencia social, no hay consenso entre los científicos sociales en cuanto a lo que significa o cómo utilizarlo. No hay un solo uso *correcto* del término. Lo más que podemos esperar es que cada investigador que emplee el concepto explique qué quiere decir con él. En este estudio, con el término clase entiendo agrupaciones de personas que comparten una posición económica o social común dentro de la sociedad. Encuentro necesario, por lo tanto, analizar por separado los enfoques de clase en lo económico y en lo social. Las primeras constituyen roles compartidos dentro de las fuerzas laborales o de la mano de obra de los países. En cada uno de los países norteamericanos contemporáneos existen los siguientes roles compartidos o clases económicas: capitalistas que son los propietarios de los grandes negocios, propietarios de pequeñas empresas, la nueva clase media de empleados profesionales y administrativos, y trabajadores con sueldos y salarios. En México hay una clase adicional de campesinos, pequeños trabajadores del campo que producen más para sus necesidades de subsistencia propia que para la venta en el mercado. En el pasado de los tres países también se dio esclavitud y hubo una clase esclava. Por clases sociales entiendo a las familias e individuos que comparten parámetros comunes de vida. Los ricos y los pobres marcan las posiciones polares superior e inferior en la clase social. Entre éstas existen las de los trabajadores y medias.[9]

[9] Discutí esta metodología particular para el análisis de las posiciones de clase de manera más completa en *Modes of Production in World History,* Londres, Routledge, 1989; y en *Introduction to Macrosociology,* Englewood Cliffs, NJ, Prentice, mayo de 1992.

El empleo del concepto raza está plagado de controversias y tiene la desventaja de ser potencialmente ofensivo. La significación surgió en el siglo XIX a partir de la creencia de que la especie humana estaba dividida entre distintas variaciones físicas.[10] Desde entonces se ha suscitado gran cantidad de tentativas por determinar la cantidad exacta de las distintas razas humanas. Estos intentos, sin embargo, no lograron consenso. Los cálculos de la cantidad de razas se han situado entre tres y 200.[11] No sólo fue un problema determinar la cantidad de razas, sino también lo fue el criterio para distinguir una de otra. El uso del fenotipo o el color de piel, por ejemplo, como criterio primario presentaba problemas debido a que hay diferencias continuas en vez de discretas en los tonos de color de piel desde los más oscuros a los más claros, y no hay manera de determinar límites raciales fijos. Por estos y otros problemas, a mediados del siglo XX la mayor parte de los antropólogos físicos habían abandonado el uso de la raza como un concepto científico válido para clasificar a los seres humanos. Sin embargo, a pesar de la disminución del concepto de raza en el uso científico, los usos populares y sociales del término –al igual que las creencias y las prácticas del racismo– siguen vigentes. Es en estos últimos sentidos que el concepto se utiliza aquí.

Los grupos que se perciben socialmente como razas distintas en Norteamérica son los descendientes de los pueblos europeos, africanos, asiáticos y aborígenes de las Américas. Estas razas, en el significado social del término, constituyeron las líneas troncales a partir de las cuales se han desarrollado los pueblos norteamericanos desde el siglo XVI. Las interrelaciones entre ellos han producido una quinta raza sintética de individuos que combinan la ascendencia de dos o más de las razas de origen. Los miembros de esta quinta raza sintética conforman la mayoría en uno de los países –México–, y en términos generales para el continente constituyen la minoría más grande. En la experiencia cotidiana y en la percepción social, la interacción racial en Norteamérica se da, en su mayor parte, entre individuos blancos, negros, indígenas, asiáticos y de razas mixtas, lo que los convierte en nuestras principales categorías de análisis.

También hay diferencias lingüísticas, étnicas, de nacionalidad y otras más dentro de las poblaciones norteamericanas. Polacos, italianos e irlandeses, aunque de ascendencia europea, han sentido el aguijón de la discriminación y el rechazo por parte de otros blancos en Estados Unidos y Canadá. Los periódicos de Estados Unidos en la década de 1890 todavía se referían a los

[10] Robert Miles, *Racism,* Londres, Routledge, 1989.
[11] Richard T. Schaefer, *Racial and Ethnic Groups,* 4a. ed., Glenview, IL, Scott, Foresman, 1990, p. 13.

ciudadanos nacidos en América de ascendencia inglesa y a los inmigrantes italianos como razas separadas. La Canadá inglesa y la francesa están lejos de ser homogéneas. Los indios tarahumaras y los xochimilcas en México, pertenecen a distintas culturas. Este tipo de diversidades entra en nuestra discusión cuando es necesario, pero el enfoque central de esta investigación se encuentra en las diferencias sociales que se percibe están basadas en la clase y la raza.

No existe necesariamente una relación entre raza y cultura, entre identidad nacional o étnica. He observado gran cantidad de casos curiosos en los campi universitarios en los que la apariencia racial era engañosa. Estudiantes latinas inmigrantes en la universidad en la que soy docente, en Connecticut, se cuestionaban acerca de la identidad de una secretaria porque parecía pero no actuaba como latina. Durante una breve estancia docente en Monterrey, México, me encontré con estudiantes cuya apariencia era idéntica a la de aquellos que encontraba en Connecticut. En ambos casos, personas racialmente idénticas pertenecían a naciones diferentes y por tanto a culturas separadas. La secretaria poseía antecedentes mestizos que mezclaban ancestros franceses e indios, lo que produce el mismo rango de apariencia física que la de los mestizos mexicanos con ancestros españoles e indios. Monterrey se localiza en el norte de México, en donde la proporción de personas de ascendencia europea plena es más alta; las personas con apellidos como Hernández y Gutiérrez en términos físicos parecen idénticas a los estudiantes de Connecticut con apellidos como Conrad y Jones. Cuando los negros caribeños migran o viajan a Estados Unidos, entran en un mundo en el que su negritud se convierte en una cédula de identidad en mayor grado de lo que era en su lugar de origen. Una estudiante negra de la universidad, proveniente de Puerto Rico, afirma, "soy puertorriqueña, no negra. No me relaciono con los negros de aquí. Me relaciono con los latinos". Para ella, la cultura compartida es el determinante de más importancia de su ser e identidad propia. Sin embargo, los blancos y los negros en Estados Unidos, la perciben en primer lugar como negra y luego como latina. La raza y la cultura pueden traslaparse, como sucede con los negros originarios de Estado Unidos, pero no necesariamente sucede así, como muestran estos ejemplos.

Finalmente, he decidido no hacer de la desigualdad de género un elemento importante de la investigación. Esta decisión no surgió de alguna creencia en que el género no fuera tan importante como la clase o la raza, sino porque carecía de los recursos para tratarla adecuadamente.

El resto del libro está organizado siguiendo las siguientes líneas: los capítulos 2 al 4 rastrean los orígenes y el desarrollo general de la desigualdad

tanto de clase como racial en Norteamérica; con capítulos sobre la conquista, el periodo colonial y el desarrollo desigual en los tres países. El capítulo 5 está dedicado a las estructuras de clase contemporáneas, con análisis comparativos de las fuerzas de trabajo, las clases económicas y las clases sociales. Los capítulos 6 al 11 se dedican a las relaciones y agrupaciones raciales, con capítulos que se centran en la comparación de las posiciones, incluidas las de clase, en las que se sitúan en los tres países los individuos blancos, indios, negros asiáticos y de razas mixtas. El capítulo 12 concluye el estudio, al abordar las consecuencias de clase de los nuevos desarrollos en la división continental del trabajo, incluyendo el crecimiento de las *maquiladoras* en la zona fronteriza de Estados Unidos y México y las relaciones de libre comercio.